

amador@pensarenserrico.es

<https://www.facebook.com/concursodefilosofia?fref=ts>

DISQUISICIONES SOBRE EL LIBRO LA EDUCACIÓN CUÁNTICA

Por Eduardo Cordoví Hernández. (Edwacor)
Edad 64

Nivel de estudios, Preuniversitario.

Ciudadano cubano, residente Calle Tejar No. 874

Entre 20 21, Lawton, Habana 7 CP 10700, Cuba.

Contacto: eduardo@icl.cult.cu

Mis lecturas son, por lo general, ensayos; y, éste, el género literario en el cual me siento más cómodo para comunicarme. Apenas supe de la convocatoria sobre este libro, comencé mis pesquisas para conseguirlo, leerlo y participar con mi opinión. No describiré el medio hostil en que desarrollo mi trabajo intelectual; eso, lo hacen otros. El caso, no es que no pude conseguir el libro, sino que no puedo.

Gracias a la colaboración de <http://bibliotecavirtualbrisa.org/> me enviaron algo del prólogo, otro libro del mismo autor, La evolución de la conciencia desde un análisis político, social y filosófico transpersonal, y la extensa copia de un foro de participación *on line* donde, el autor, respondía preguntas sobre la obra, tema de concurso. Agradecía a personas que le daban su voto, a propósito de cierta candidatura, y debatía, con otros más críticos, sobre cuestionamientos acerca del libro; de la intención, de la capacidad del autor y no solo objeciones sobre el derecho a escribirlo sino hasta de titularlo. Pude ser testigo de cómo personas con títulos académicos, profesores universitarios o simplemente individuos, quienes no eran unos incultos, (que de serlos podría pasárseles por alto actitudes tales) se explayaban en consideraciones, juicios y adjetivos poco amistosos o tan familiares que rayaban en el irrespeto, a fin de hacer ver cuánta razón podían tener ellos y no el autor; que he decidido hacer mi tesis de concurso sobre las reflexiones que esta obra ha suscitado, sin siquiera haberla leída. Y me parece importante y necesario, porque trasciende al autor y a la obra; están en juego los autores y sus obras ¡Más aún! está en juego eso que llamamos; y de lo que nos enorgullecemos, a veces, sin tener el más mínimo conocimiento sobre qué quiere decir y que me da por llamar, también;

dignidad humana ¡Y no me refiero a la de un autor! sino a la de los potenciales lectores.

Alguien, para disfrutar de un programa de TV; no requiere matricular, antes, un curso de radiotecnica o de electrónica; como no necesita, tampoco, ser ingeniero en cibernética para operar con eficiencia su ordenador.

¡Es algo tan poco difícil de comprender! No obstante, en la práctica de la vida cotidiana vemos con normalidad que se exija a otros un nivel de excelencia muy por encima del que tenemos, nosotros, acerca de temas de los que juzgamos.

¿Que uno debe conocer sobre lo que habla? Pues ¡Claro! No digo que no, y sobre el caso de la mecánica cuántica, de la física cuántica y otras ciencias como la biología molecular o la nanotecnología o la astrofísica, otros sesudos ¡quienes, sí saben! han escrito libros, monografías, dictado conferencias o realizado documentales del tipo divulgación popular, los cuales sirven para que, los de a pie, los del vecindario, podamos saber de qué se trata cuando leemos u oímos decir *quásar*, enanas blancas, partículas encantadas, números imaginarios... y poder tener un criterio, al respecto, sin tener que ser diestros en teoría de límites para saber que una asíntota es una curva que tiende a aproximarse cada vez más a un punto al cual nunca llegará.

Existe una serie de conceptos impuestos por la física interesada en las altas velocidades y las dimensiones ultra microscópicas, de ahí la palabra cuántico (de *Quantum*: menor cantidad posible de energía) los cuales han venido a cambiar las opiniones, hasta hace poco, tenidas como buenas acerca de la realidad.

La literatura de ciencia-ficción, también llamada de anticipación, hace rato dejó de ser *novelitas sobre marcianos*, para ser ensayos filosóficos y presupuestos éticos y ontológicos.

Si la realidad comienza a perder los valores con que siempre la consideramos y nuestro ser comienza, de la misma forma, a tener otros valores, nuestra vida no puede ser la misma. No hay que tener un diploma universitario para entender eso; otros, que si lo tienen hablan

sobre estos asuntos y puedo, gracias a ellos, opinar al respecto, con lo que entiendo de lo que me dicen.

El neurólogo colombiano, Roberto Llinás, jefe de un departamento de investigaciones en esta rama, en una Universidad de New York durante más de veinte años, ha revolucionado la Neurología con sus investigaciones y es una personalidad reconocida internacionalmente en su campo. En su libro, *El cerebro y el mito del yo*, (si alguien lo quiere se lo envío gratis vía email) señala cosas extraordinarias; y yo puedo repetir las basándome en su prestigio, en sus diplomas y en su nombre, no tengo que estudiar Neurología para exponer un título, ni repetir sus experimentos para opinar y ser escuchado con respeto. Igual hace, el señor Martos, con su libro; apoya sus criterios sobre asociaciones de ideas que encuentra en sus lecturas sobre mecánica cuántica.

El señor Martos, autor de, *La educación cuántica*, no parece que pretenda echar mano del conocimiento de la física posterior a Marx Plank, con propósito de modificar la telefonía móvil o la televisión en tercera dimensión; mucho menos propone nuevos tipos de armas, equipos, energías o procedimientos para elaborar alimentos que, de algún modo, pudieran afectar la salud de los seres vivos o la estabilidad ecológica del planeta. No. Para eso, ¡muy por supuesto! Serían súper, híper, ultra, macro, mega, extra, archi y réquete necesarios amplios y detallados informes, títulos, certificados y pruebas de que conoce suficiente física clásica, moderna, nuclear, cuántica y de cuánta haya, para merecer atención.

Pero no. El señor Martos, viene, con su libro, a presentar un planteamiento que tiene que ver, en primera instancia, con la pedagogía. No nos presenta un libro técnico ¡Por favor! Es un ensayo filosófico, no sé si está bueno o malo, si es o no coherente, si es ameno o *metatrancoso*, no sé ¡No lo he leído! Pero, tampoco, se trata de eso. Lo que estoy tratando de exponer, aquí, son otros asuntos previos:

El derecho de este autor a escribir, ése libro y cualquier otro, sin tener que ser un especialista académico del tema; porque ese es, también, mi derecho y el de cualquier otro escritor. Si usted, quien lee ahora estas líneas, es un perito en algo, tiene un pergamino académico que da fe de

sus altos estudios, una licenciatura, un doctorado ¡Perfecto! Y si va a escribir un libro semejante pues ¡Mejor que mejor! ¡Felicidades! Pero es, como se dice en Matemáticas, una condición suficiente, pero no necesaria. No es imprescindible, pues, un escritor, como cualquier ser humano es como un compás: puede poner sus puntas en aspectos tan distantes como pueden serlo la educación y lo cuántico, y serán su talento, su visión, su punto de vista y su sensibilidad creativa los que determinarán la calidad de su criterio sobre algo; de modo que desautorizar *a priori* un libro porque, a usted, la etiqueta del mismo no le gusta, es válido; pero es una decisión que conspira, y dice algo, contra usted; dice que es, usted, superficial en sus criterios, Y ¡Vale! que no está, usted, obligado a ser profundo! No es obligatorio; pero que, usted, tenga derecho a tener tal juicio y a realizar tales decisiones, no le proporciona elementos de juicio para decir que la obra no sirva, pues ¡no la ha leído! Afirmar que el autor sea un farsante porque, a usted, el rótulo le huele a chamusquina es un argumento tan poco feliz que no me explico cómo alguien con dos dedos de frente se atreva a escribirlo públicamente; será, digo yo, que sea porque se esconde tras un *nick*, un *login*, un apodo y no en su nombre real... Pero que, aún sin derecho, pueda afirmarlo, el resto de las personas civilizadas (aunque tenga usted un título universitario colgado en su oficina o en la sala de su casa) dirán que es, usted, un intelectual incivilizado y poco ético; y si estoy escribiendo estas ideas sobre el tema, no es por lo que, de usted, puedan decir; sino para que, usted, mejore la opinión que tiene acerca de sí mismo; esté seguro de que no ha llegado al tope.

Puede parecer ignorancia la afirmación de que sea posible opinar sobre algo o usar un conocimiento que no se domina con rigor. De hecho, lo es. Pero no es tal lo que afirmo aquí.

Argumento sobre el derecho del señor Martos, con respecto a su libro, porque parte de planteamientos científicos sin ser científico algo que, también, hago. Parte de la física cuántica para apoyar planteamientos filosóficos en sus ensayos lo cual, también, hago. Y, también, titulo mis trabajos usando términos de la nomenclatura científica para avalar

científicamente lo que postulo; además, no somos los únicos, y quiero enumerar razones.

1.- Porque somos los autores y, los autores (¡Lástima fuera lo contrario!), titulamos nuestras obras como se nos viene en ganas; que para eso somos autores (y aunque va de broma no deja de ser cierto).

2.- Porque, sinceramente, así lo creo.

3.- Porque si logro demostrar que algo tiene asidero científico es más cierto que si lo dejo sin tal o al menos más serio, digamos que más responsable. El pequeño grupo de personas que se me parecen y quienes, desde el punto de vista emotivo, son semejantes míos, merecen que les indique datos a fin de que establezcan, conmigo, mejor conexión.

Creo que, también, pudiera parecer poco serio que me disponga a dedicar algunas horas de atención a algo que ha sido escrito en un foro donde, como he dicho, las personas se parapetan en el anonimato de un *nickname*, de un apodo y que tales exposiciones son intrascendentes. No deja de ser cierto; pero tales foros quedan registrados, se puede volver a ellos, muchas personas los copian, los reproducen los envían por correo. A mí, quien vivo en Cuba, que no tengo Internet, alguien me lo ha enviado; pero, aunque así no fuera, lo que es innegable, es que mucha gente piensa así, se comporta así y toma decisiones a partir de criterios tales y sobre esto, sobre cómo la educación debe ser modificada y mejorada para que mejoremos nosotros, es que personas, como el señor Martos, escriben; y para diferenciar tal tipo de educación de otra, que nos deja como actualmente somos, es que le pone apellido de *cuántica*, lo cual a algunos les da picor porque lo asocian con *magufia* (textualmente dicen).

La tal magufia no es más que una apreciación personal de alguno, de varios, de muchos, de los que sean; para ser exactos si vamos a expresarnos con propiedad, se trata de un prejuicio lo cual no es más que una *valoración adelantada*, pues se juzga no por lo que el libro expone sino por lo que una palabra del título le parece o le induce a creer.

Pero el caso es que no queda otra que echar mano de algún conocimiento de la física. En 1897, Thompson, descubre y describe el electrón como

una partícula elemental de la materia; por lo cual la Academia Sueca le otorgó el premio Nobel correspondiente a esa ciencia. Treinta años más tarde, en 1927, su hijo es merecedor, también, de tal galardón; al detallar la ¡Paradójica! *naturaleza* ondulatoria, es decir: ¡*No física!* del electrón. Al ponernos un par de espejuelos con cristales rojos, el mundo circundante nos parece rojo; si otros verdes, ese mundo cambia en correspondencia. De modo que al estudiar las propiedades de la luz, los científicos descubrieron que bajo determinadas circunstancias la luz actúa como onda, lo cual dio origen a la Teoría ondulatoria; pero que bajo circunstancias opuestas, actúa como partícula, lo cual dio origen a la Teoría corpuscular... Dicha realidad: *partícula-onda*, se puso de manifiesto cuando los científicos tuvieron consciencia de que la naturaleza de la luz parecía cambiar en dependencia de cómo fuera observada por ellos. La realidad se volvía algo relativo. Neils Bohr (danés, 1885-1962, premio Nobel de Física, en 1922) descubrió tal dualidad presentándola como el Principio de complementariedad. Así, de acuerdo con su llamada Interpretación de Copenhague de la Mecánica Cuántica: la materia; es decir, la realidad objetiva; se comporta de dos maneras complementarias contradictorias. Si observamos la materia de una forma, esta aparece como si fuese partículas bien localizadas en el espacio... pero si escogemos otro modo de observación, la propia materia, se asemeja a ondas, que no se hallan bien localizadas en el espacio. Pero nunca puede ser ambas a la vez, porque una excluye a la otra. De modo que, el modo en que aparece la materia, está en dependencia con las selecciones que haya hecho nuestra mente: la realidad es asunto de selectividad.

De acuerdo con los postulados del Principio de complementariedad, no existe la realidad hasta tanto la misma no sea observada. La antigua Física Clásica o newtoniana, obsoleta ya para la era atómica de altas velocidades e ínfimas dimensiones, describe al mundo de manera que, éste, tiene una existencia aparte y, por completo, independiente del observador; lo cual sirvió para reafirmar el famoso postulado esgrimido por el materialismo dialéctico: *la materia existe independientemente de la consciencia*, algo que cambió, con rotundez, en la apreciación de la

nueva física y, por supuesto, afectó a la filosofía marxista, creo que el derrumbe del campo socialista, en buena medida se debió a esta brecha filosófica, ya que la acción de la observación afecta los resultados de la realidad objetiva, léase la materia pues, la física ahora confirma que, la existencia de la materia, sí depende de la consciencia: obedece a los criterios de la observación. La Física actual, establece que, el tal mundo objetivo, es una ilusión, dado que los cinco sentidos, de los cuales nos valemos a diario, no son fiables para que puedan ofrecernos una visión total de la realidad. Y lo mismo dice el doctor Llinas desde el punto de vista neurológico, en su libro, que cito al inicio.

En otras palabras, quizás, un tanto sorprendentes, eso que llamamos realidad no es más que interpretaciones que realizan determinadas zonas cerebrales, a partir de los estímulos que les envían nuestros instrumentos sensoriales (vista, oído, tacto, olfato, gusto, etcétera) los cuales pueden cambiar en función de la sensibilidad de percepción de tales sensores así, como por las múltiples asociaciones neuronales que puedan establecerse debido a nuestras experiencias de vida, en tales zonas de la delgada corteza cerebral (espesor de apenas dos milímetros).

El principio de complementariedad, nos recuerda que mientras nos encontremos observando el tono rojizo de algo, su verdor permanece invisible a nuestro sentido de la vista o viceversa. Siempre, existe un lado que resulta complementario a todo lo que experimentamos. (Apréciase la correspondencia con la ley del péndulo, detallada por Mauricio Nicoll en sus, Comentarios psicológicos..., solo para los interesados en psicología y filosofía aplicadas, tengo los cinco tomos en formato digital, gratis, por si alguien quiere consultarlos).

Otra piedra angular de la física moderna (tampoco tanto, pues ya tiene más de cien años) refuerza este criterio: se trata de la Relación de incertidumbre o Principio de indeterminación de Heisenberg (alemán, premio Nobel, en 1932) el cual expresa que no podemos conocer, en forma simultánea, la posición y el *momentum* de un objetivo. Para observar una partícula elemental, digamos un electrón, se hace necesario lanzar contra ella a otra partícula pero, al efectuar tal procedimiento, estamos perturbando a la partícula original. Para observar a un electrón

tendríamos que lanzarle un rayo de luz de alta frecuencia, el impacto luminoso saca fuera de órbita al electrón cambiando así su dirección y *momentum* dentro de formas impredecibles. De utilizarse una luz de menor intensidad energética, a fin de no perturbar el *momentum* del electrón, entonces, sucedería que dicha luz no podría alcanzar una longitud de onda capaz de hacer observable al electrón, seríamos incapaces de poder observar la partícula. En resumen, toda intención de localizar a una partícula *altera lo que estaremos tratando de determinar* (y vuelve con lo mismo). No se puede observar algo –según la física cuántica – sin que sufra cambios.

Por estos dos principios (el de complementariedad y el de indeterminación) queda demostrado que el mundo resulta misterioso e insondable pues, de él, sólo tenemos acceso a una parte de su realidad y porque, además, el acto de búsqueda, de conocimiento real, quebranta ese mundo a causa de la acción que ejercemos con nuestra observación; de modo que tenemos acceso a una realidad alterada, que nada tiene que ver, o tiene muy poco que ver, con la realidad originaria y, para colmo, esa realidad alterada no podemos predecirla más que dentro de límites estadísticos. Igual sucedería si donde se ha escrito electrón, partícula, etcétera, pusiéramos: ser humano.

Recuerdo cuando estaba en la escuela primaria la gran sorpresa que me produjo saber que tres cuartas partes de nuestro cuerpo eran agua; o sea que, con aproximación, un setenta y cinco por ciento de nuestro cuerpo físico está formado por agua. Algo semejante, aunque en mayor grado, resultó la sorpresa de descubrir, mientras indagaba en temas de física cuántica, que ¡El noventa y nueve por ciento de nuestro cuerpo está... VACÍO! Sí.

Está establecido que el noventa y nueve por ciento de la masa del átomo radica en su núcleo y que éste, me refiero al núcleo, tendría una dimensión ¡entre diez mil y cien mil veces ¡MÁS PEQUEÑO! que el tamaño total del átomo! Debido a esto, y como promedio, si el núcleo tuviera el diámetro de un centímetro, en proporcionalidad, la distancia a que estaría un electrón girando alrededor suyo podría ser de: ¡UN KILÓMETRO! Por otra parte, el núcleo, aunque parezca macizo no lo es,

pues protones y neutrones, se encuentran girando unos sobre los otros sin ponerse en contacto. En proporción, si estamos formados por átomos, mantenemos, por carácter transitivo, la misma distribución de vacuidad: el noventa y nueve por ciento de nuestro cuerpo está **VACÍO** o, lo que mayoritariamente lo que nos forma o lo que en realidad somos es, como se comenta en las funerarias, **NADA**.

El hecho de que puedan existir los famosos agujeros negros: cuerpos cósmicos cuya densidad másica es de tal enormidad que un centímetro cúbico de ella podría pesar miles de toneladas, explicaría la gran cantidad de vacío en la materia que conocemos y que podría ser comprimida hasta extremos tales. Otro fenómeno que puede dar una idea de la gran cantidad de espacio hueco que tiene la materia que consideramos maciza, es el hecho de que los neutrinos que emite el sol, pueden atravesar la Tierra por un punto cualquiera y salir por su antípoda, sin colisionar con ninguna otra partícula elemental. ¡Vaya! que aunque el átomo tenga tan extraordinaria pequeñez como he descrito, mantiene, en proporcionalidad, semejante espacio hueco como para resultar una enormidad increíble. Y tal son así, de minúsculas, las dimensiones de las partículas elementales, repito, que un neutrino que viene desde el sol, puede atravesar la Tierra por un punto del Ecuador y salir por el otro sin impactar con **NADA**.

Pero hay más, se sabe que las partículas elementales parecen emerger de ese vacío; en términos prácticos se hipotetiza que somos ese vacío del cual formamos parte y que es, ese vacío, lo que llamamos: la vida, lo que llamamos naturaleza, realidad, inteligencia universal, es decir, Dios.

Ante tales nuevos supuestos, expectativas, descubrimientos, sorpresas o como quiera llamárseles, lo menos que podemos hacer es darnos cuentas de que ya todo no puede ser igual que antes.

Por otra parte, también, hay que advertir algo que casi todos sabemos pero que no acabamos de caer en la cuenta de su enorme trascendencia; ¿Dónde nos enseñan a ser felices? ¿Dónde, a ser tan solo, personas? La democracia, tan asistida por los políticos, la tan llevada y traída democracia ¿dónde nos enseñan qué es, cómo serlo? La decencia, la civilización, el amor ¡El amor! Sí, ese mismo que dicen que es la fuerza

que mueve la Tierra, inspiración de músicos y poetas y motivo de tanto dolor en el mundo según ellos mismos. ¿Dónde te enseñan que es el amor o que no es; lo que te dicen, lo que siempre escuchaste y lo que todos sienten? Se trata de un problema de educación. Los estados, el poder político, los gobiernos imponen por decreto la educación, el conocimiento, pero dirigido al raciocinio, al almacenaje de información y su capacidad para computarla a alto nivel, algo que nada tiene que ver con que, usted, sea feliz. Cuando más, está dirigido a que, usted, obtenga algo que resalte desde el inicio: Un documento donde se informa, a los demás, que, usted, SABE. Para colmo, los métodos que se utilizan son el de la comparación, el autoritarismo y el de recalcar la competencia y la búsqueda de ganadores. Todo está orientado a ser alguien, pero alguien que debe aprender *a ser* y alguien que debe *ser* según el prototipo que la sociedad espera. Quieren que seas otro cuando ya eres uno. Cuando naces ¡todos! padres, maestros, amigos, la sociedad y el estado, están ahí propuestos y dispuestos para convertirte en alguien, y lo logran, te convierten: de alguien que era feliz cuando niño en otro que deja de serlo. Si no lo crees porque lo has olvidado, observa a los niños pequeños. Observa y piensa.

Señores: de la literatura, del cine y de la vida cotidiana todo el mundo sabe que la mayoría de las personas con títulos (universitarios o nobiliarios) son quienes más consumen drogas o al menos somníferos o tranquilizantes porque son quienes están más expuestos al miedo de perder posesiones, los más indefensos para soportar pérdidas no materiales y los más inseguros de afecto de sí porque piensan que todos vienen por su dinero o por su *status*. ¡Que esto es discutible! Quizás lo sea. Pero no deja por eso de ser verdad.

Un conocimiento, una enseñanza sobre las personas y sobre sus interrelaciones existe, siempre ha existido solo que, ahora, tiene que ver con el conocimiento de la realidad que ha ido descubriendo la nueva física; pero no es obligatorio, nadie está interesado en que usted, quien está leyendo esta página ahora, sea feliz, a la única persona que pudiera interesarle ¡de verdad! que lo sea, debía ser: a usted mismo; pero quizás esté pensando que la palabrita *cuántica* le suena a nueva era, a cosa de

hippies o a descerebrados *conspiranoicos*. Hay de todo en la viña del Señor, reza por algún lugar de La Biblia.

No me queda otro remedio que repetirme y es algo que lamento, pero este tema es como mi estribillo. Lo creo necesario, a fin de poder presentar una idea general de la situación en que nos encontramos todos aquellos que, de alguna manera y en algún momento de nuestras vidas, hemos comenzado a tener una alta consideración de nosotros mismos (nada que ver con lo que se llama autoestima), bien sea por el hecho de que apreciamos la lectura, nos recreamos en conversaciones llamadas *inteligentes*, leemos libros de autores que otros desconocen o porque escuchamos música llamada culta. Tal situación psicológica es la misma que compartimos con el resto de la mayoría de la humanidad y en este sentido y en otros, es algo que resulta un tanto deprimente para nuestra excesiva arrogancia, al creernos mejores personas de las que somos.

Voy a explicar un poco esta idea porque puede parecer un tanto impreciso o ambiguo este sector humano de mi atención. Creo no sea difícil seguirme si establezco tres grupos para diferenciar a la humanidad: uno, al cual llamo **anormal por defecto**, en el que incluyo a personas sin intereses intelectuales; bien por incapacidad (de cualquier tipo) para leer, comentar sobre lecturas de cualquier tema u orientación, o bien por simple desinterés, ya sea estable debido a discapacidad física o enfermedad crónica, etcétera o transitorio, debido a analfabetismo, aislamiento, etcétera. Otro grupo, que llamaré **anormal por exceso**, donde circunscribo a aquellas personas que puedan ser consideradas emocionalmente sanas, realizadas y que, para mi cuenta, no suman muchas y, finalmente, el grupo al cual me refiero y que llamo, las consideradas **normales** por la psicología.

Ahora bien, estas personas **normales** ¿quiénes son y qué características tienen?

Bien, estas personas son, exactamente, lo que estoy considerando la humanidad en mayoría, las que en cualquier ciudad del mundo atestan los ómnibus en las mañanas para ir al trabajo, las que asisten a conciertos, las mismas que combaten en las guerras creadas por los dirigentes de sus gobiernos, las mismas que critican a los dirigentes de sus gobiernos por crear guerras o sea: usted, yo y todos los otros de cualquier parte del mundo, quienes se nos parezcan por la pretensión de querer llegar a ser personas mejores que las que fuimos ayer y, aunque sea ligeramente, ansiar algunas comodidades materiales ¡Siempre de más! de ser posible ¡para mañana! Pero no sólo nosotros, quienes aspiramos a *ser*, forman este grupo sino, también, quienes ya creen serlo; tales como los dirigentes de nuestros gobiernos (de todos los gobiernos) y, también,

toda persona significativa, calificada, acreditada, nombrada, renombrada, prestigiosa, famosa, importante y principal.

El estado psicológico de este enorme grupo, al cual la psicología académica considera personas normales, digo que tiene muy poco (para no ser tachado de excesivo al decir: ningún) contacto con la realidad.

Somos personas enajenadas, alienadas, debido a ese escaso acercamiento e intento argumentar lo que afirmo; pues, si alguien ha leído hasta este punto, debe pensar que el único alienado, aquí, sea yo.

Buena parte de la raíz de casi todos los tales conflictos que aquejan a la humanidad, es que no sabemos nada de nada y nos comportamos como si supiéramos. Ya lo he comentado en otros de mis textos; vivimos inmersos en la mentira, en el error y en el fraude; de forma tal que no podemos vivir sin tales, mentimos a diario, queriendo y sin querer porque esa es la naturaleza de nuestro entorno cultural histórico y psicológico. Vivimos *en la pantalla* y en el *figuraeo*, en aparentar, sencillamente porque no estamos seguros de nada y todo lo que hacemos es buscar seguridad en la actividad motora y en el parloteo. Vivimos actuando un papel que ni siquiera conocemos a derechas.

No estamos conformes con nada, de modo que el flaco quiere engordar, los gordos quieren ser flacos, los bajitos altos, los altos algo más medianos, los solteros quieren casarse y los casados se la pasan añorando el celibato; mientras trabajamos pensamos en las vacaciones luego, bajo una sombrilla en una playa del Caribe, nos la pasamos cavilando sobre la oficina; las feas quieren ser bonitas; las bonitas, felices y, ese es, poco más o menos, el tema: la inconformidad.

Así, nos la pasamos viviendo en dos lugares que no existen: o bien estamos en el **pasado**, culpándonos o quejándonos por algo que ocurrió hace mucho tiempo y que ya pasó, o recordando un evento agradable que quizás no se repita más; o, por otra parte, nos la pasamos preocupados por el **futuro**, esperando que nuestra vida mejore, en un tiempo que todavía no está aquí. El asunto es que, mientras tanto, nos perdemos el **presente**, el cual es el único sitio real donde, todo el tiempo, ocurren las causas de las situaciones que terminan sucediéndonos.

Y claro, si no estás conforme contigo no podrás, de ninguna forma, estar de acuerdo con los demás; nunca podrás llegar a eso que buscas y nombras felicidad porque, ni a derechas, tampoco, sabes qué es; y os pongo ejemplos.

No sabemos ¡Ni hostias! sobre las palabras que usamos, sin embargo, creemos que sí. Le decimos sinceridad a la expresión de nuestras emociones negativas, decimos que amamos cuando lo que en realidad sufrimos es un fuerte deseo de posesión, afán de conquista, urgencia sexual, necesidad de afecto o todo a la vez.

Vivimos divididos: queremos una cosa u otra; nunca vemos la totalidad de nada de nada... pero es que: tal como somos, no podemos; se necesita un aprendizaje, pero ¿Dónde te enseñan a ser feliz? ¿Dónde te enseñan a vivir una vida equilibrada y auténtica...? Toda la cultura te orienta a ser alguien en la vida y, *llegar a ser alguien en la vida*, es algo que no ocurre ahora; pasas una buena cantidad de años, los mejores de tu existencia, preparándote *para llegar a ser...* es decir, para el futuro, como si ser *alguien en la vida*, fuera tener colgado, en la sala, un diploma universitario y luego decir: *soy un profesional... Soy ingeniero...* (En serio, no os parece poco). Las consultas de los psicólogos de todo el mundo están llenas de profesionales, incluso de otros psicólogos...

Sería preferible que hubiera menos profesionales y más personas felices o, al menos, que las personas se esforzaran en aprender a ser eficientes y de veras profesionales en la intercomunicación humana y, luego, estudiar otra *profesionalidad* cualquiera.

Ese tal conocimiento para aprender a *ser* existe, está en algún lugar, y es responsabilidad de quien lee (y escribe) buscarlo para sí y difundirlo porque no existe otra cosa en el mundo que lo merezca más. Quiero recalcar esto, repetirlo, volverlo a decir: **ningún otro asunto en el mundo puede ser más importante que tu felicidad.**

CUALQUIER OTRO ASUNTO EN EL MUNDO PUEDE SER IMPORTANTE, PERO QUE TÚ SEAS FELIZ LO ES MAAÁS, reconño.

Creo que esto debía estar escrito en todas las esquinas y que los padres se lo enseñaran cada día a sus hijos y los maestros a sus alumnos, porque solo una persona feliz puede aumentar la felicidad ajena. Sólo alguien feliz puede enseñar a serlo. No se puede dar lo que no se tiene. Por eso me aterran los poetas, los novelistas, cuentistas y escritores en general que se la pasan escribiendo cuartillas de sufrimiento, de amargura, de sentimientos negativos, de celos, de teorías que no tienen que ver con que usted o yo podamos ser mejores personas, quiero decir *otras* personas, personas nuevas.

Vivimos en un mundo falso por tanto irreal. ¿Por qué? Porque es un mundo basado en la mentira de creer que somos mejores de lo que realmente somos.

Vivimos dando por cierto una serie de conceptos que son falsos y atribuyéndonos cualidades que no tenemos; pero no sólo esto, sino cualidades de las cuales no tenemos siquiera una idea clara de su real significado. Veamos tan sólo algunos ejemplos graciosos, pero que dan medida de lo que estoy tratando.

Todo el mundo sabe que las Islas Canarias deben su nombre a cierto animal que abundaba allí en tiempos de su coloniaje, el tema es que muchos se dejarían rebanar un brazo apostando a que tales animalitos eran canarios, cuando en realidad eran perros (*canis*, del latín); otros aseguran que las cajas negras de los aviones son negras; pero no, son color naranja fosforescente. Todos creen que los famosos sombreros, llamados, de Panamá, son panameños !pues no! se fabrican en Ecuador. Los pinceles llamados *de pelo de camello* se fabrican con cerdas de pelo de ardilla. Se tiene por cierto que las rubias son frívolas, que las morenas son ardientes, que los gordos son cobardes, que quienes usan espejuelos son tímidos, que los negros tienen el *pirolo* grande y que los chinos lo tienen pequeño... en fin.

Es lógico suponer que dado este estado de crisis conceptual para tener patrones de referencia a fin de valorar y comparar las transacciones interpersonales, es decir para poder medir la eficacia de nuestra existencia y la de quienes nos rodean, es lógico suponer, repito, que dada esta situación de tal cúmulo de errores valorativos, nada puede marchar bien, porque de esta manera, lo supuestamente bien para unos, va a depender siempre del sufrimiento, en alguna medida, de otros.

¿Cómo podremos valorar la realidad sin tener un real acceso a ella? Nuestro acceso es limitado. ¡Los paquetes de información que logramos obtener de la realidad están incompletos y estoy hablando de los paquetes de información que obtenemos de primera mano! ¡Ni qué decir de los que nos llegan contaminados con los criterios de otras personas, de otras ideologías, de otras culturas...!

Y así continuamos en el mundo pensando que amamos, que tenemos control, que el mundo evoluciona, que Dios castiga a los malos o tenemos un gran aprecio por aquellos que dicen sentir un gran amor por la humanidad,... cuando, en fin, pasamos meses sin visitar a la familia o sin llamar o escribirle a los amigos; cuando ni siquiera saludamos a los vecinos cercanos o nos limitamos a un *Buenos días*, a secas, para los compañeros de oficina. Se nos estruja el corazón ante la pantalla de TV viendo las imágenes del África hambrienta distante y nos sentimos complacidos por nuestro amor a la humanidad, pero pasamos de largo todos los días ante la mano extendida del mísero anciano, dos cuabras antes de llegar al trabajo.

Concluyendo.

Alguien, digo yo, quien decida dedicarse a escribir, debe preguntarse en algún momento: – *¿Por qué escribo?* Porque no es la misma proyección la de quien escribe por *una cosa* que la de quien lo hace por otra; pero si

su respuesta es que escribe porque tiene algo que decir, porque ha encontrado algo que le parece cierto o algo que le parece dudoso y cree que los demás no se han dado cuenta y el caso es que siente necesidad de comunicar su criterio, debe tener en cuenta que, recién, comienza a hacer vida pública.

Vida pública no solo es darse a conocer como alguien que tiene ideas que comunicar; que algunas personas, quizás muchas, lo conozcan, lo escuchen o compren sus libros; sino que una cantidad de personas similar no esté de acuerdo con su criterio y que no sólo *crean* que está equivocado sino que estén convencidos de ello. Tener vida pública es tener detractores, personas a quien uno, sin proponérselo, va a resultarles odioso, antipático y pedante.

Y uno podrá preguntarse pero ¿Por qué? Pues la razón es sencilla, tales personas se sentirán agredidas, sentirán que las razones que otro exponga ¡si no son las que ellos consideran correctas, buenas, bellas, necesarias! Han sido expuestas, dichas o escritas, para atacar a las ideas que les gustan. De alguna manera ellos sentirán a sus ideas (las de ellos) como una parte de sí, se identificarán con las ideas y cualquier comentario, palabra, juicio, etcétera que critique, evalúe, reproche o establezca comparaciones o realice valoraciones, será considerado ataque y, de inmediato, se sentirán visceralmente comprometidos a defender, a ultranza, a *sus* ideas, de ellos.

Pero todo no es más que miedo, viene de creer que nos atacan.

Todos arrastramos las primeras impresiones de la niñez; de sentirnos, vamos a decir, seres de cincuenta centímetros a quienes hay que vestir, darles la comida, llevarlos de la mano... a quienes constantemente se le dan órdenes a gritos: *¡No toques eso! ¡Bájate de ahí! ¡No corras!* En resumen, que somos seres que estamos marcados con la misma impresión de acceso a la existencia: ser seres desvalidos, que todo lo hacemos mal.

Todo esto, apoyado por el natural instinto de conservación animal, no hace otra cosa que reforzar el miedo, ante un mundo desconocido lleno de peligros.

Tememos el ataque y tememos, además, porque interiormente nos recordamos débiles, nos sentimos pequeños. En cada uno de nosotros vive, un niño asustado.

Y si atacamos a quien creemos que nos ataca, es porque también le hemos trasladado a las ideas que sustentamos la debilidad psicológica que sentimos. Las ideas, sin embargo, no son ni débiles ni fuertes, somos quienes le damos esos valores.

Tampoco hay que tener miedo de las ideas ajenas. Si usted riposta; ataca a quien cree que le ataca, es usted quien hace débil a sus propias ideas, las de usted. Si usted cree en sus ideas y le parecen buenas ¡olvídese de Lola! No critique, no comente y si cree que algo de eso debe hacer ¡hágalo en grande! Escriba un libro, dedíquese a dar conferencias, forme una peña de amigos... y si lo emprende con algún resultado, que no se le vaya la fama para la cabeza, no crea que tiene a Dios agarrado por las barbas, porque no hay que defender a las ideas, ellas se defienden solas y dado el caso de que haya que defender algunas, será porque no son muy consistentes.

Y ¿qué tiene que ver todo esto con la educación cuántica? Mucho, digo yo, porque todo esto que he dicho aquí mucha gente no lo sabe, y mucho que dejé de decir por problemas de espacio o porque no viene al caso con el tema, también hay que enseñarlo y eso implica una nueva educación, sea cuántica o de otro nombre con tal de que no sea la misma con la que nos educaron y se continúa educando a los chicos por medio de un patrón competitivo donde lo importante es ganar.

En resumen, que creo que, la educación cuántica, viene a ser un paso entre muchos otros que se dan en el presente y que enrumban hacia un futuro no sé si promisorio, no me intereso en el futuro, me basta con tratar de hacerme el presente gustoso (otra cosa nueva que debe enseñarse).